

en el acaso ni en la dificultad, se halla incapacitado para pretender interés ninguno en el honor y satisfacción que acompañan á las acciones azarosas. Es lastimoso el poder tanto que acontezca que todas las cosas cedan ante vuestros deseos: vuestra fortuna lanza demasiado lejos de vosotros la sociedad y la compañía; os coloca demasiado aislados. Este bienestar y facilidad holgada de hacerlo todo inclinarse bajo el propio peso es enemigo de toda suerte de placer; es resbalar y no marchar: es dormir y no vivir. Concebid al hombre acompañado de la omnipotencia, y le abismaréis: es necesario que por caridad os pida el obstáculo y la resistencia. Su ser y su bien tienen la indigencia como base.

Las buenas cualidades de los príncipes son muertas y perdidas, pues como quiera que no se experimentan sino por comparación, y se las coloca por fuera, tienen escaso conocimiento de la verdadera alabanza, viéndose sacudidas por una aprobación uniforme y continuada. ¿Se las han con el más torpe de entre sus súbditos? pues carecen de medios para alcanzar ventaja sobre él; diciendo: «Porque es mi rey», le parece haber dicho bastante para dar á entender que prestó la mano en el dejarse vencer. Esta cualidad ahoga y consume todas las demás que son verdaderas y esenciales, las cuales la realeza sumerge, y no los deja para hacerse valer sino las acciones que la tocan directamente y que la sirven, es decir, los ejercicios de su cargo: tanto es ser rey que sólo por ello lo es. Ese resplandor extraño que le rodea le oculta, y de nuestra vista le aparta; nuestro mirar se quiebra y disipa estando lleno y detenido por esa intensa luz. El senado romano otorgó á Tiberio el premio de elocuencia, que rechazó, considerando que un juicio tan poco libre, aun cuando hubiera sido justo, siempre llevaba el sello de la parcialidad.

De la propia suerte que se les conceden todas las ventajas en punto á honor, también se confortan y autorizan los vicios y defectos que poseen, no sólo con la aprobación sino también con la imitación. Cada uno de los que formaban el séquito de Alejandro llevaba como él la cabeza inclinada á un lado; los cortesanos de Dionisio tropezaban unos contra otros en su presencia, empujaban y derribaban cuanto había á sus pies, para aparentar que eran tan cortos de vista como él. Las hernias sirvieron á veces de favor y de recomendación: he visto en candelero la sordera, y porque el amo odiaba á su mujer, Plutarco vió á los cortesanos recomendar las suyas, á quienes amaban. Mas aún: la lujuria se vió acreditada y toda otra disolución, como también la deslealtad, la blasfemia, la crueldad, la herejía é igualmente la superstición, la irreligión, la desidia y otros vicios peores, si es posible que los haya, por donde se incurria en pecado mayor que el de los aduladores de Mitrídates, los

cuales porque su dueño pretendía honrarse llamándose buen médico, le presentaban sus miembros para que los cortara y cauterizara, pues esos otros se dejaban cauterizar el alma, que es parte más delicada y noble.

Y para acabar por donde comencé: Adriano, el emperador, cuestionando con el filósofo Favorino sobre el sentido de un vocablo, resultó fácilmente victorioso; como sus amigos se le quejaron: «Tenéis gracia, dijo el filósofo, ¿cómo quereis que no sea más sabio que yo, puesto que manda treinta legiones?» Augusto compuso versos contra Asinio Polio: «Yo me callo, dijo éste, porque no es muy prudente escribir en competencia con quien puede proscribir»; y tenía razón, pues Dionisio, por no poder igualar á Filoxeno en la poesía ni á Platón en el razonar, condenó al uno á las canteras y mandó vender al otro como esclavo á la isla de Egina.

CAPÍTULO VIII

DEL ARTE DE PLATICAR

Es una costumbre de nuestra justicia el condenar á los unos para advertencia de los otros. Condenarlos simplemente porque incurrieron en delito, sería torpeza, como sienta Platón, pues contra lo hecho no hay humano poder posible que lo deshaga. A fin de que no se incurra en falta análoga, ó de que el mal ejemplo se huya, la justicia se ejerce: no se corrige al que se ahorca, sino á los demás por el ahorcado. Igual es el ejemplo que yo sigo: mis errores son naturales é incorregibles, y como los hombres de bien aleccionan al mundo excitando su ejemplo, quizás pueda yo servir de provecho haciendo que mi conducta se evite:

Nonne vides, Albi ut male vivat filius? utque
Barrus inops? magnum documentum, ne patriam rem
Perdere quis velit 1;

publicando y acusando mis imperfecciones alguien aprenderá á temerlas. Las prendas que más estimo en mi individuo alcanzan mayor honor recriminándome que recomendándome; por eso recaigo en ellas y me detengo más frecuentemente. Y todo considerado, nunca se habla de sí mismo sin pérdida: las propias condenaciones son siempre acrecentadas, y las alabanzas descreídas. Puede haber algún hombre de mi complexión: mi naturaleza es tal que mejor me instruyo por oposición que por semejanza, y por huida que por continuación. A este género de disciplina se

1. ¿No veis que el hijo de Albio vive mal y que Barro se ve reducido á la miseria? Estos ejemplos nos enseñan á no disipar nuestro patrimonio. HORACIO, *Sat.*, I, 4, 109.

refería el viejo Catón cuando decía « que los cuerdos tienen más que aprender de los locos, que no los locos de los cuerdos »; y aquel antiguo tañedor de lira, que, según Pausanias refiere, tenía por costumbre obligar á sus discípulos á oír á un mal tocador, que vivía frente á su casa, para que aprendieran á odiar sus desafinaciones y falsas medidas: el horror de la crueldad me lanza más adentro de la clemencia que ningún patrón de esta virtud; no endereza tanto mi continente á caballo un buen jinete, como un procurador ó un veneciano, caballeros. Un lenguaje torcido corrige mejor el mío que no el derecho. A diario el torpe continente de un tercero me advierte y aconseja mejor que aquel que place; lo que contraría toca y despierta más bien que lo que gusta. Este tiempo en que vivimos es adecuado para enmendarnos á reculones, por disconveniencia mejor que por conveniencia; mejor por diferencia que por acuerdo. Estando poco adoctrinado por los buenos ejemplos, me sirvo de los malos, de los cuales la lección es frecuente y ordinaria. Esforcéme por convertirme en tan agradable, como cosas de desagrado vi; en tan firme, como blandos eran los que me rodeaban; en tan dulce, como rudos eran los que trataba; en tan bueno, como malo se contemplaba: mas con ello me proponía una tarea invencible.

El más fructuoso y natural ejercicio de nuestro espíritu es á mi ver la conversacion: encuentro su práctica más dulce que ninguna otra acción de nuestra vida, por lo cual si yo ahora me viera en la precisión de elegir, á lo que creo, consentiría más bien en perder la vista que el oído ó el habla. Los atenienses, y aun los romanos, tenían en gran honor este ejercicio en sus academias. En nuestra época los italianos conservan algunos vestigios, y con visible provecho, como puede verse comparando nuestros entendimientos con los suyos. El estudio de los libros es un movimiento lánguido y débil, que apenas vigoriza: la conversacion enseña y ejercita á un tiempo mismo. Si yo converso con un alma fuerte, con un probado luchador, éste me oprime los ijares, me excita á derecha á izquierda; sus ideas hacen surgir las mías: el celo, la gloria, el calor vehemente de la disputa, me empujan y realzan por cima de mí mismo; la conformidad es cualidad completamente monótona en la conversacion. Mas de la propia suerte que nuestro espíritu se fortifica con la comunicacion de los que son vigorosos y ordenados, es imposible el calcular cuánto pierde y se abastarda con el continuo comercio y frecuentacion que practicamos con los espíritus bajos y enfermizos. No hay contagio que tanto como éste se propague: por experiencia sobrada sé lo que vale la vara. Gusto yo de argumentar y discurrir, pero con pocos hombres y para mi particular usanza, pues mostrarme en espectáculo á los grandes,

y mostrar en competencia el ingenio y la charla, reconozco ser oficio que sienta mal á un hombre de honor.

Es la torpeza cualidad detestable; pero el no poderla soportar, el despecharse y consumirse ante ella, como á mí me ocurre, constituye otra suerte de enfermedad que en nada cede en importunidad á aquella. Este vicio quiero ahora acusarlo en mí. Yo entro en conversacion y en discusion con libertad y facilidad grandes, tanto más cuanto que mi manera de ser encuentra en mí el terreno mal apropiado para penetrar y ahondar desde luego los principios: ninguna proposicion me pasma, ni ninguna creencia me hiere, por contrarias que sean á las mías. No hay fantasia, por extravagante y frívola que sea, que deje de parecerme natural, emanando del humano espíritu. Los pirronianos, que privamos á nuestro espíritu del derecho de emitir decretos, consideramos blandamente la diversidad de opiniones, y si á ellas no prestamos nuestro juicio procurámoslas el oído fácilmente. Allí donde uno de los platillos de la balanza está completamente vacío deyo yo oscilar el otro hasta con las soñaciones de una vieja visionaria; y me parece excusable si acepto más bien el número impar, y antepongo el jueves al viernes; si prefiero la docena ó el número catorce al trece en la mesa; y de mejor gana una liebre costeano que atravesando un camino, cuando viajo, y el dar de preferencia el pie derecho que el izquierdo cuando me calzo. Todas estas quimeras que gozan de crédito en torno nuestro merecen al menos ser oídas. De mí arrastran sólo la inanidad, pero al fin algo arrastran. Las opiniones vulgares y casuales son cosa distinta de la nada en la naturaleza, y quien así no las considera cae acaso en el vicio de la testarudez por evitar el de la supersticion.

Así pues, las contradicciones en el juzgar ni me ofenden ni me alteran; me despiertan sólo y ejercitan. Huimos la contradicción, en vez de acogerla y mostrarnos á ella de buen grado, principalmente cuando viene del conversar y no del regentar. En las oposiciones á nuestras miras no consideramos si aquéllas son justas, sino que á tuertas ó á derechas buscamos la manera de refutarlas: en lugar de tender los brazos afilamos las uñas. Yo soportaría el ser duramente contradicho por mis amigos; el oír, por ejemplo: « Eres un tonto; estás soñando ». Gusto, entre los hombres bien educados, de que cada cual se exprese valientemente, de que las palabras vayan donde va el pensamiento: nos precisa fortificar el oído y endurecerlo contra esa blandura del ceremonioso son de las palabras. Me placen la sociedad y familiaridad viriles y robustas, una amistad que se alaba del vigor y rudeza de su comercio, como el amor de las mordeduras y sangrientos arañazos. No es ya suficientemente vigorosa y generosa cuando la querrela está ausente, cuando dominan la civilidad y la ex-

quisitez, cuando se teme el choque, y sus maneras no son espontáneas: *Neque enim disputari, sine reprehensione potest*¹. Cuando se me contraria, mi atención despierta, no mi cólera; yo me adelanto hacia quien me contradice, siempre y cuando que me instruya: la causa de la verdad debiera ser común á uno y otro contrincante. ¿Qué contestará el objetado? La pasión de la cólera obscureció ya su juicio: el desorden apoderóse de él antes que la razón. Seria conveniente que se hicieran apuestas sobre el triunfo en nuestras disputas: que hubiera una marca material de nuestras pérdidas, á fin de que las recordáramos, y de que por ejemplo mi criado pudiera decirme: « El año pasado os costó cien escudos en veinte ocasiones distintas el haber sido ignorante y porfiado. » Yo festejo y acaricio la verdad cualquiera que sea la mano en que la divise. Y en tanto que con arrogante tono conmigo no se procede, ó por modo imperioso y magistral, me regocija el ser reprendido y me acomodo á los que me acusan, más bien por motivos de cortesía que de enmienda, gustando de gratificar y alimentar la libertad de los advertimientos con la facilidad de ceder, aun á mis propias expensas.

Difícil es, sin embargo, atraer á esta costumbre á los hombres de mi tiempo, quienes no tienen el valor de corregir, porque carecen de fuerzas suficientes para sufrir el ser ellos corregidos á su vez; y hablan además con disimulo en presencia los unos de los otros. Experimento yo placer tan intenso al ser juzgado y conocido, que llega á parecerme como indiferente la manera cómo lo sea. Mi fantasía se contradice á sí misma con frecuencia tanta, que me es igual que cualquiera otro la corrija, principalmente porque no doy á su répreñión sino la autoridad que quiero: pero me incomodo con quien se mantiene tan poco transigente, como alguno que conozco, que lamenta su advertencia cuando no es creído, y toma á injuria el no ser obedecido. Lo de que Sócrates acogiera siempre sonriendo las contradicciones que se presentaban á sus razonamientos puede decirse que de su propia fuerza dependia, pues habiendo de caer la ventaja de su lado aceptábalas como materia de nueva victoria. Mas nosotros vemos, por el contrario, que nada hay que trueque en suspicaz nuestro sentimiento como la idea de preeminencia y el desdén del adversario. La razón nos dice que más bien al débil corresponde el aceptar de buen gana las oposiciones que le enderezan y mejoran. De mejor grado busco yo la frecuentación de los que me amonestan que la de los que me temen. Es un placer insípido y perjudicial el tener que habérmolas con gentes que nos admiran y hacen lugar. Antistenes or-

1. Porque no hay discusión sin contradicción. CICERÓN, *de Finibus bonis et malis*, l. 8.

denó á sus hijos « que no agradecieran nunca las alabanzas de ningún hombre ». Yo me siento mucho más orgulloso de la victoria que sobre mi mismo alcanzo cuando en el ardor del combaté me inclino bajo la fuerza del raciocinio de mi adversario, que de la victoria ganada sobre él por su flojedad. En fin, yo recibo y apruebo toda suerte de toques cuando vienen derechos, por débiles que sean, pero no puedo soportar los que se suministran á expensas de la buena crianza. Poco me importa la materia sobre que se discute, y todas las opiniones las admito: la idea victoriosa también me es casi indiferente. Durante todo un dia cuestionaré yo sosegadamente si la dirección del debate se mantiene ordenada. No es tanto la sutileza ni la fuerza lo que solicito como el orden; el orden que se ve todos los dias en los altercados de los gañanes y de los mancebos de comercio, y jamás entre nosotros. Si se apartan del camino derecho, es en falta de modales, achaque en que nosotros no incurrimos, mas el tumulto y la impaciencia no les devian de su tema, el cual sigue su curso. Si se previenen unos á otros, si no se esperan, se entienden al menos. Para mi se contesta siempre bien si se responde á lo que digo; mas cuando la disputa se trastorna y alborota, abandono la cosa y me sujeto sólo á la forma con indiscreción y con despecho, lanzándome en una manera de debatir testaruda, maliciosa é imperiosa, de la cual luego me avergüenzo. Es imposible tratar de buena fe con un tonto; no es solamente mi discernimiento lo que se corrompe en la mano de un dueño tan impetuoso, también mi conciencia le acompaña.

Nuestros altercados debieran prohibirse y castigarse como cualesquiera otros crímenes verbales: ¿qué vicio no despiertan y no amontonan, constantemente regidos y gobernados por la cólera? Entramos en enemistad primeramente contra las razones y luego contra los hombres. No aprendemos á disputar sino para contradecir, y cada cual contradiciéndose y viéndose contradicho, acontece que el fruto del cuestionar no es otro que la pérdida y aniquilamiento de la verdad. Asi Platón en su República prohíbe este ejercicio á los espíritus ineptos y mal nacidos. ¿A qué viene colocarlos en camino de buscar lo que es, con quien no adopta paso ni continente adecuados para ello? No se infiere daño alguno á la materia que se discute cuando se la abandona para ver el medio como ha de tratarse, y no digo de una manera escolástica y con ayuda del arte, sino con los medios naturales que procura un entendimiento sano. ¿Cuál será el fin á que se llegue, yendo el uno hacia el oriente y hacia el occidente el otro? Pierden así la mira principal y la ponen de lado con el barullo de los incidentes: al cabo de una hora de tormenta, no saben lo que buscan; el uno está bajo, el otro alto y el otro de lado. Quién choca con una palabra ó con un simil; quién no se

hace ya cargo de las razones que se le oponen, tan impedido se ve por la carrera que tomó, y piensa en continuarla, no en seguirla á vosotros; otros, reconociéndose flojos de ijares, lo temen todo, todo lo rechazan, mezclan desde los comienzos y confundenlo todo, ó bien en lo más recio del debate se incomodan y se callan por ignorancia desechada, afectando un menosprecio orgulloso, ó torpemente una modesta huida de contención: siempre que su actitud produzca efecto, nada le importa lo demás; otros cuentan sus palabras y las pesan como razones; hay quien no se sirve sino de la resistencia ventajosa de su voz y pulmones, otro concluye contra los principios que sentara; quién os ensordece con digresiones é inútiles prolegómenos; quién se arma de puras injurias, buscando una querrela de alemán para librarse de la conversación y sociedad de un espíritu que asedia el suyo. Este último nada ve en la razón, pero os pone cerco, ayudado por la cerrazón dialéctica de sus cláusulas y con el apoyo de las fórmulas de su arte.

Ahora bien, ¿quién no desconfía de las ciencias, y quién no duda si de ellas puede sacarse algún fruto sólido para las necesidades de la vida, considerando el empleo que del saber hacemos? *Nihil sanantibus litteris*¹? ¿Quién alcanzó entendimiento con la lógica? ¿Dónde van á parar tantas hermosas promesas? *Nec ad melius vivendum, nec ad commodius disserendum*²? ¿Acaso se ve mayor baturrillo en la charla de las sardineras que en las públicas disputas de los hombres que las ciencias profesan? Mejor preferiría que mi hijo aprendiera á hablar en las tabernas que en las escuelas de la charlatanería. Procuraos un pedagogo y conversad con él; ¿cuánto no os hace sentir su excelencia artificial, y cuánto no encanta á las mujeres y á los ignorantes, como nosotros somos, por virtud de la admiración y firmeza de sus razones, y de la hermosura y el orden de las mismas? ¿Hasta qué punto no nos persuade y domina como le viene en ganas? Un hombre que de tantas ventajas disfruta con las ideas y en el modo de manejarlas, ¿por qué mezcla con su esgrima las injurias, la indiscreción y la rabia? Que se despoje de su caperuza, de sus vestiduras y de su latín; que no atormente nuestros oídos con Aristóteles puro y crudo, y le tomaréis por uno de entre nosotros, ó peor aún. Juzgo yo de esta complicación y entrelazamiento del lenguaje que para asediarnos emplean, como de los jugadores de pasa-pasa. Su flexibilidad fuerza y combate nuestros sentidos, pero no conmueve en lo más mínimo nuestras opiniones: aparte del escamoteo, nada ejecutan que no sea común y vil: por ser más sabihondos no son

1. De esas letras que ningún mal curan. SENECA, *Epist.* 59.
2. No enseña ni á vivir mejor ni á razonar ventajosamente. CICERÓN, *de Finibus*. — Así pensaba Epicuro de la dialéctica de los estoicos, al decir de Cicerón. C.

menos ineptos. Venero y honro el saber tanto como los que lo poseen, el cual, empleado en su recto y verdadero uso, es la más noble y poderosa adquisición de los hombres. Mas en los individuos de que hablo (y los hay en número infinito de categorías), que establecen su fundamental suficiencia y saber, que recurren á su memoria, en lugar de apelar á su entendimiento, *sub attena umbra latentis*¹, y que de nada son capaces sin los libros, lo detesto (si así me atrevo á decirlo) más que la torpeza escueta. En mi país y en mi tiempo la doctrina mejora bastante las faltriqueras, en manera alguna las almas: si aquella las encuentra embotadas, las empeora y las ahoga como masa cruda é indigesta; si agudas, el saber fácilmente las purifica, clarifica y sutaliza hasta la vaporización. Cosa es la doctrina de cualidad sobre poco más ó menos indiferente; utilísimo accesorio para un alma bien nacida; perniciosa y dañosa para las demás, ó más bien objeto de uso preciosísimo, que no se deja poseer á vil precio: en unas manos es un cetro, y en otras un muñeco.

Mas prosigamos. ¿Qué victoria mayor pretendéis alcanzar sobre vuestro adversario que la de mostrarle la imposibilidad de combatirlos? Cuando ganáis la ventaja de vuestra proposición, es la verdad la que sale ventajosa; cuando os procuráis la supremacía que otorgan el orden y la dirección acertados de los argumentos, sois vosotros los que salís gananciosos. Entiendo yo que en Platón y en Jenofonte Sócrates discute más bien en beneficio de los litigantes que en favor de la disputa, y con el fin de instruir á Eutidemo y á Protágoras en el conocimiento de su impertinencia mutua, más bien que en el de la impertinencia de su arte: apodérase de la primera materia como quien alberga un fin más útil que el de esclarecerla; los espíritus es lo que se propone manejar y ejercitar. La agitación y el perseguiamiento pertenecen á nuestra peculiar cosecha: en modo alguno somos excusables de guiarlos mal é impertinente-mente; el tocar á la meta es cosa distinta, pues vinimos al mundo para investigar diligentemente la verdad: á una mayor potencia que la nuestra pertenece ésta. No está la verdad, como Demócrito decía, escondida en el fondo de los abismos sino más bien elevada en altitud infinita, en el conocimiento divino. El mundo no es más que la escuela del inquirir; no se trata de meterse dentro, sino de hacer las carreras más lucidas. Lo mismo puede hacer el tonto quien dice verdad que quien dice mentira, pues se trata de la manera, no de la materia del decir. La tendencia mía es considerar igualmente la forma que la sustancia, lo mismo al abogado que á la causa, como Alcibiades ordenaba que se hiciera; y todos los días me distraigo en leer diversos

1. Envolviéndose en la sombra ajena. SENECA, *Epist.* 33.

autores sin percatarme de su ciencia, buscando en ellos exclusivamente su manera, no el asunto de que tratan, de la propia suerte que persigo la comunicación de algún espíritu famoso, no con el fin de que me adocrine, sino para conocerlo, y una vez conocido imitarle si vale la pena. Al alcance de todos está el decir verdad, mas el enunciarla ordenada, prudente y suficientemente pocos pueden hacerlo; así que no me contraría el error cuando deriva de ignorancia; lo que me subleva es la necedad. Rompí varios comercios que me eran provechosos á causa de la impertinencia del cuestionar con quienes los mantenía. Ni siquiera me molestan una vez al año las culpas de quienes están bajo mi férula, mas en punto á la torpeza y testarudez de sus alegaciones, excusas y defensas asnales y brutales, andamos todos los días tirándonos los trastos á la cabeza: ni penetran lo que se dice, ni el por qué, y responden por idéntico tenor; ocasionan motivos bastantes para desesperar á un santo. Mi cabeza no choca rudamente sino con el encuentro de otra; mejor transijo con los vicios de mis gentes que con sus temeridades, importunidades y torpezas: que hagan menos, siempre y cuando que de hacer sean capaces; vivís con la esperanza de alentar su voluntad, pero de un cepo no hay nada que esperar ni que disfrutar que la pena valga.

Ahora bien, ¿qué decir si yo tomo las cosas diferentemente de lo que son en realidad? Muy bien puede suceder, y por eso acuso mi impaciencia, considerándola igualmente viciosa en quien tiene razón como en quien no la tiene, pues nunca deja de constituir un agror tiránico el no poder resistir un pensar diverso al propio. Además, en verdad sea dicho, hay simpleza más grande ni más constante tampoco ni más estrambótica que la de conmoverse é irritarse por las insulseces del mundo, pues nos formaliza principalmente contra nosotros. Y á aquel filósofo del tiempo pasado ¹ nunca mientras se consideró estuvo falto de motivos de lágrimas. Misón, uno de los siete sabios, cuyos humores eran timonianos y democricianos, interrogado sobre la causa de sus risas cuando se hallaba solo, respondió: «Río por lo mismo, por deshacerme en carcajadas sin tener ninguna compañía.» ¿Cuántas tonterías no digo yo y respondo á diario, según mi dictamen y naturalmente, por consiguiente, mucho más frecuentes al entender de los demás? ¿Qué no harán los otros si yo me muerdo los labios? En conclusión, precisa vivir entre los vivos y dejar el agua que corra bajo el puente sin nuestro cuidado, ó por lo menos con tranquilidad cabal de nuestra parte. Y si no, ¿por qué sin inmutarnos tropezamos con alguien cuyo cuerpo es torcido y contrahecho y no podemos soportar la

1. Heráclito.

presencia de un espíritu desordenado sin montar en cólera? Esta dureza viciosa deriva más bien de la apreciación que del defecto. Tengamos constantemente en los labios aquellas palabras de Platón: «Lo que yo juzgo malsano ¿no será por encontrarme yo en ese estado? Yo mismo, ¿no incurro también en culpa? Mi advertimiento, ¿no puede volverse contra mí?» Sentencias sabias y divinas que azotan al más universal y común error de los hombres. No ya sólo las censuras que nos propinamos los unos á los otros, sino nuestras razones también, nuestros argumentos y materias de controversia pueden ordinariamente volverse contra nosotros: elaboramos hierro con nuestras armas, de lo cual la antigüedad me dejó hartos graves ejemplos. Ingeniosamente se expresó, y de manera adecuada, aquel que dijo:

Sterous cuique suum bene olet ¹.

Nada tras ellos ven nuestros ojos: cien veces al día nos burlamos de nosotros al burlarnos de nuestro vecino; y detestamos en nuestro prójimo los defectos que residen en nosotros más palmariamente, y de ellos nos pasmamos con inadvertencia y cinismo maravillosos. Ayer, sin ir más lejos, tuve ocasión de ver á un hombre sensato, persona grata, que se burlaba tan ingeniosa como justamente de las torpes maneras de otro, quien á todo el mundo rompe la cabeza con el metódico registro de sus genealogías y uniones, más de la mitad imaginarias (aquéllos se lanzan de mejor grado en estas disquisiciones cuyos títulos son más dudosos y menos seguros), y sin embargo, él, de haber parado mientes en sí mismo, hubiérase reconocido no menos intemperante y fastidioso en el sembrar y hacer valer la prerrogativa de la estirpe de su esposa. ¡Importuna presunción, de la cual la mujer se ve armada por las manos de su marido mismo! Si supiera éste latín, precisaría decir con el poeta:

Agesis! hæc non insanit satis sua sponte; instiga ².

No se me alcanza que nadie acuse no hallándose limpio de toda mancha, pues nadie censuraria, ni siquiera estando como un crisol, en la misma suerte de mancha; mas entiendo yo que nuestro juicio, al arremeter contra otro del cual se trata por el momento, deja de librarnos de una severa jurisdicción interna. Oficio propio de la caridad es que quien no puede arrancar un vicio de sí mismo procure, no obstante, apartarlo en otro donde la semilla sea menos maligna y rebelde. Tampoco me parece adecuada respuesta á quien no advierte mi culpa decirle que en él reside igual-

1. Cada cual gusta el olor de su estercolero. Proverbio latino.
2. ¡Animo! Si no está bastante loca, irrita más su locura. TERENCIO, Andr. acto IV, esc. II, v 3.

mente. Nada tiene que ver eso, pues siempre el advertimiento es verdadero y útil. Si tuviéramos buen olfato, nuestra basura debiera apestararnos más, por lo mismo que es nuestra; y Sócrates es de parecer que aquel que se reconociera culpable, y á su hijo, y á un extraño, de alguna violencia é injuria, debería comenzar por sí mismo á presentarse á la condenación de la justicia é implorar para purgarse el socorro de la mano del verdugo; en segundo lugar á su hijo, y al extraño últimamente: si este precepto es de un tono elevado en demasía, al menos quien culpable se reconozca debe presentarse el primero al castigo de su propia conciencia.

Los sentidos son nuestros peculiares y primeros jueces, los cuales no advierten las cosas sino por los accidentes externos, y no es maravilla si en todos los componentes que constituyen nuestra sociedad se ve una tan perpetua y general promiscuidad de ceremonias y superficiales apariencias, de tal suerte que la parte mejor y más efectiva de las policías consiste en eso. Constantemente nos las hemos con el hombre, cuya condición es maravillosamente corporal. Que los que quisieron edificar para nuestro uso en los pasados años un ejercicio de religión tan contemplativo é inmaterial no se pasmen porque se encuentre alguien que crea que se escapó y deshizo entre los dedos, si es que ya no se mantuvo entre nosotros como marca, título é instrumento de división y de partido más que por ella misma. De la propia suerte acontece en la conversación: la gravedad, el vestido y la fortuna de quien habla, frecuentemente procuran crédito á palabras vanas y estúpidas; no es de presumir que una persona cuyos pareceres son tan compartidos, tan temida, deje de albergar en sus adentros alguna capacidad distinta de la ordinaria; ni que un hombre á quien se encomiendan tantos cargos y comisiones, tan desdenoso y ceñudo, no sea más hábil que aquel otro que le saluda de tan lejos y cuyos servicios nadie quiere. No ya sólo las palabras, también los gestos de estas gentes se toman en consideración, se pesan y se miden: cada cual se esfuerza en darles alguna hermosa y sólida interpretación. Cuando al hablar llano descenden y no se les muestra otra cosa que aprobación y reverencia, os aturden con la autoridad de su experiencia: oyeron, vieron, hicieron, os consumen con sus ejemplos. De buena gana les diría que el provecho de la experiencia de un cirujano no reside en la historia de sus operaciones, recordando que curó á cuatro apestados y tres gotosos, si no sabe de ellas sacar partido para formar su juicio, y si no acierta á hacernos sentir que su vista es más certera en el ejercicio de su arte; como en un concierto instrumental no se oye un laúd, un clavicordio y una flauta, sino una armonía general, reunión y fruto de todos los aparatos músicos. Si los viajes y los cargos los enmen-

daron, háganlo ver con las producciones de su entendimiento. No basta contar las experiencias, precisa además pensarlas y acomodarlas; hay que haberla, digerido y alambicado para sacar de ellas las razones y conclusiones que encierran. Jamás hubo tantos historiadores; siempre es bueno y útil oírlos, pues nos proveen á manos llenas de hermosas y laudables instrucciones sacadas del almacén de su memoria, que es á la verdad un instrumento necesario para el socorro de la vida; pero no se trata de esto ahora, se trata de saber si esos recitadores y recogedores son dignos de alabanza por sí mismos.

Yo detesto toda suerte de tiranía, lo mismo la verbal que la efectiva; me sublevo fácilmente contra esas vanas circunstancias que engañan nuestro juicio por la mediación de los sentidos, y, manteniéndome ojo avizor en lo tocante á grandezas extraordinarias, encontré que éstas se componen en su mayor parte de hombres como todos los demás:

Rarus enim ferme sensus communis in illa
Fortuna ¹.

Acaso se los considera y advierte más chicos de lo que realmente son, por cuanto ellos emprenden más y se ponen más en evidencia: no responden á la carga que sobre sus hombros echaron. Es necesario que haya resistencia y poder mayores en el llevar que en el echarse á costas; quien no llenó por completo su fuerza os deja adivinar si le queda todavía resistencia pasado ese límite, y si fué probado hasta el último término. Quien sucumbe ante la carga descubre su medida y la debilidad de sus hombros; por eso se ven tantas torpes almas entre los hombres de estudio, más que entre los otros hombres; de aquéllos se hubieran alcanzado varones excelentes, como padres de familia, buenos comerciantes, cumplidos artesanos: su vigor natural no media mayor número de codos. La ciencia es cosa que pesa grandemente: ellos se doblegan bajo su peso. Para ostentar y distribuir esta materia rica y poderosa, para emplearla y ayudarse, su espíritu carece de vigor y pericia; sólo dispone de poderío sobre una naturaleza robusta. Ahora bien, las de esta índole son bien raras, y las débiles, dice Sócrates, corrompen la dignidad de la filosofía al traerla entre manos; semeja esta inútil y viciosa cuando está mal guardada. Así los hombres se estropean y á sí mismos se enloquecen:

Humani qualis simulator simius oris,
Quem puer arridens pretioso stamine serum
Velavit, nudasque nates ac terga reliquit,
Ludibrium mensis ².

1. En efecto, el sentido común es raro en tan alto grado. JUVENAL, VIII, 73.
2. Tal ese mono remedador del hombre á quien un niño cubre riendo con vistosa tela de seda: pero le deja el trasero al descubierto regocijando así á los invitados. CLAUDIANO, in Eutrop., I, 303.

Análogamente, aquellos que nos rigen y gobiernan, los que tienen el mundo en su mano, no les basta poseer un entendimiento ordinario, ni poder lo que nosotros podemos; están muy por bajo de nuestro nivel cuando no se encuentran muy por cima: de la propia suerte que más prometen, deben también cumplir más.

Por eso les sirve el silencio, no ya sólo como continente de respeto y gravedad, sino también como instrumento de provecho y buen gobierno, pues Megabizo, como visitara á Apeles en su obrador, permaneció largo tiempo sin decir palabra, y luego comenzó á discurrir sobre lo que veía, cuyos discursos le valieron esta dura reprimenda: «Mientras te callaste, parecías algo de grande á causa de las cadenas que te adornan y de tu pomposo continente; pero ahora que se te ha oído hablar, te menosprecian hasta mis criados.» Esos adornos magníficos, la resplandeciente profesión que desempeñaba, no le consentían permanecer ignorante como el vulgo y le empujaron á hablar impertinente de lo que no entendía: debió mantener muda esa externa y presuntuosa capacidad. ¡A cuantas almas torpes, en mi tiempo, prestó servicios relevantísimos el adoptar un semblante estirado y taciturno, sirviéndolas como título de prudencia y capacidad!

Las dignidades y los cargos se otorgan necesariamente más por fortuna que por mérito; y muchas veces se incurre en grave error al culpar de ello á los monarcas: por el contrario, maravilla que la fortuna los acompañe casi siempre desplegando para ello tan poco acierto:

Principis est virtus maxima, nosse suos:

pues naturaleza no los favoreció con mirada tan vasta que pudieran extenderla á tantos pueblos como rigen, para discernir la principalidad de ellos, y penetrar luego nuestros pechos, donde se albergan nuestra voluntad y el valor más precioso. Preciso es, por consiguiente, que nos escojan por conjeturas y á tientas, movidos por la familia á que pertenecemos, por nuestras riquezas, por nuestras doctrinas y por la voz del pueblo, que son argumentos debilísimos. Quien pudiera encontrar medio de que justamente se nos conociera y de elegir los hombres por razones fundamentales, establecería de golpe y porrazo una perfecta forma de gobierno.

«Digase lo que se quiera, acertó á resolver este importante negocio.» Algo es algo, sin duda, pero eso no es bastante, pues esta sentencia es justamente recibida. «Que on hay que juzgar de los dictámenes en presencia de los acontecimientos que resultan. Castigaban los cartagineses

1. La mayor virtud de un príncipe es el perfecto conocimiento de sus súbditos. MARCIAL, VIII, 15.

los torcidos pareceres de sus capitanes aun cuando fueran enmendados por un dichoso desenlace; y el pueblo romano rechazó muchas veces el triunfo á victorias provechosas y grandes, porque la dirección del jefe no anduvo de par con su buena estrella. Ordinariamente se advierte en las mundanales acciones que la fortuna para mostrarnos su poderío sobre todas las cosas y cómo se gozó en echar por tierra nuestra presunción, no habiendo podido trocar á los necios en avisados, los convierte en dichosos, en oposición con todo sano principio, favoreciendo las ejecuciones cuya trama es puramente suya. Por donde vemos á diario que los más sencillos de entre nosotros consiguen dar cima á empresas magnas privadas y públicas; y como el persa Siramnes respondió á los que se admiraban de que sus negocios anduvieran tan perversamente, en vista de que sus propósitos estaban impregnados de prudencia: «Que él tan sólo era dueño de sus iniciativas, mientras que del éxito de sus negocios lo era la fortuna»; las gentes de que hablo pueden responder por idéntico tenor, aunque por razones contrarias. La mayor parte de las cosas de este mundo se hacen por sí mismas;

Fata viam inveniunt¹;

el desenlace á las veces denuncia una conducta estúpida: nuestra intermisión apenas sobrepuja la rutina, y comunmente obedece más á la consideración del uso y al ejemplo que á la razón. Maravillado por la grandeza de una hazaña, supe antaño por los mismos que la realizaron los motivos del acierto. En ellos no encontré sino ideas vulgares; y las más ordinarias y usuales son también acaso las más seguras y las más cómodas en la práctica, si no son las que al exterior aparecen. ¿Qué decir, si las más infimas razones son las mejor asentadas, y si las más bajas y las más flojas y las más asendereadas son las que mejor se adaptan á la solución de los negocios? Para conservar su autoridad á los consejos de los reyes hay que evitar que los profanos en ellos participen y que no vean más allá de la primera barrera: debe reverenciarse, merced al ajeno crédito y en conjunto, quien seguir pretende alimentando su reputación. La consultación mía, personal, bosqueja algún tanto la materia, considerándola ligeramente por sus primeros aspectos: el fuerte y principal fin de la tarea acostumbra á resignarlo al cielo:

Permitte divis cetera².

La dicha y la desdicha son, á mi entender, dos potencias soberanas. Es imprudente considerar que la humana pre-

1. Los destinos se abren camino. VIRGILIO, *Eneida*, III, 395.

2. Encomienda lo demás á los dioses. HORACIO, *Od.*, I, 9, 9.